La Rebelión de los Hijos de Nadie

August

Capítulo 1

Prólogo

Y con su muerte se extinguió la humanidad, aquella humanidad que existió y conoció el mundo antes de la Gran Devastación.

Contó siempre él, Todoré, que en aquel día el orgullo de las olas sobrepasó todas las orillas. Los volcanes, sincronizados a uno, despertaron de su largo aletargamiento, la tierra se sacudió como nunca jamás lo había hecho y, el diluvio universal, conocido por esa humanidad como una historia vieja, como una fantasía, volvió a extinguir su raza casi por completo.

Le llamaban el collar de los cuatro vientos, decía Todoré, a una maquinaria ubicada en varios continentes ya sin nombres (o de los cuales él ya no quería acordarse) la causante de todo aquello. Decían sobre aquella maquinaria que era capaz de manejar el clima con rayos de impacto frente a la ionósfera.

—Casi todo el mundo sabía de su existencia, pero nadie hizo nada para proteger a la humanidad y al mismo mundo de ella, no se le prestó atención —contaba Todoré cada vez que alguien le preguntaba—. Se decía que era sólo para realizar experimentos, quizás para apoyar con aguas naturales a aquellas regiones de sequía, pero no era cierto, el collar de los cuatro vientos no eran más que armas, y así quedó demostrado el día de la Gran Devastación. Día en el que, las grandes potencias, sedientas de más y más poder, entraron en guerra unánimemente alrededor del planeta y, utilizando el collar, jugando a ser la naturaleza, perdieron el control sobre éste, el clima y el mundo.

Capítulo 2

Lo que le siguió a todo aquello fue un total caos debido a la inminente destrucción, perdición y desorientación ahí donde se mirase. La vieja ciudad de Todoré, al ser costera, se volvió parte de su mar hasta que, poco a poco, éste fue volviendo a su propio territorio.

Después de eso, Todoré contaba cómo se había iniciado la construcción de la primera ciudad-oasis, pero siempre obviaba contar lo que más le avergonzaba: revelar el sentimiento de culpa cargado en su interior desde los días posteriores a la Gran Devastación.

Los sobrevivientes de la catástrofe fueron muchos más de los contados por él, pero, al verse sin tecnología, sin comunicación alguna y sin saber de dónde iban a proceder sus alimentos, los conciudadanos empezaron a matarse entre ellos hasta reducirse a una población de doce personas quienes, desde el principio de ese nuevo mundo, desde el final del mundo ya conocido, decidieron unir sus fuerzas para protegerse entre ellos, así tuviesen por límite la misma muerte de los otros.

Fue así como, aniquilados todos los demás, Todoré, junto con su grupo, decidieron asentarse a las afueras de su ciudad, al otro lado de las montañas, donde se extendían valles y bosques. Y comenzaron a renombrar su parte del mundo, a inventarlo de nuevo, esperando a ver si, por algún milagro, podían volver a cierta normalidad, al viejo mundo conocido por ellos.

Capítulo 3

Pero con el pasar de los años las esperanzas del milagro se fueron perdiendo como se iba perdiendo el rastro de lo conocido, gentes llegadas de otras partes buscando comida y vivienda confirmaban lo sospechado: no había nada que se pudiera hacer para volver al mundo del antes, pues el collar de los cuatro vientos, gran insignia de la tecnología y el ingenio del ser humano, casi que los había extinguido por completo.

Y recordaba Todoré una frase leída por él mucho tiempo atrás, algo sobre el fin del mundo, que decía que éste no se iba a acabar por una bomba atómica, si no por un chiste, por una broma, y por una broma mal contada. Así le parecía a él su nueva realidad.

No quedaba más que seguir existiendo sin esperanzas.

La primera ciudad-oasis se terminó de construir a eso del año 33 después de la Gran Devastación, esa era, además, su nueva forma de ver la historia, para ellos, ya no era la muerte de un hombre la que había dividido la historia del mundo occidental, si no las millones de muertes alrededor del mundo las que habían dividido la historia del mundo para siempre.

Tardaron 33 años porque, desde un comienzo, se dieron cuenta de que no sabían nada: ni crear fuego, ni talar madera ni construir con ella, no sabían los ciclos de la luna ni los tiempos del sembrado y de la cosecha, no conocían el lenguaje de los animales ni sabían domesticarlos.

Lo único que habían aprendido, desde Todoré que era el más joven, hasta el más viejo de ellos, era ir a un supermercado y trabajar para poder comprar lo ofrecido en tal local. También entendieron que, para iniciar sus actividades, debían esperar la salida del sol, pues ya no existían focos que les trastornaran las horas de la madrugada y de la noche.

Por eso, cuando Todoré recordó la frase leída, sólo pudo reír con ausencia de alegría. El mundo se había acabado por una mala broma: El ser humano, en su infinito ingenio arrogante, llegó a controlar la naturaleza, llegó a domesticarla y a destruirla a ella misma usando sus propios elementos, después de eso, ese ingenio arrogante no sabía crear el fuego, no conocía la dirección del viento, no sabía purificar el agua y no sabía trabajar la tierra.

Capítulo 4

Capítulo 1

Todoré murió en el año 100 después de la Gran Devastación, a la edad de 120 años, y en torno a lo que de él quedaba se reunieron todos los habitantes de las cinco ciudades-oasis para despedirle. La mañana se encontraba en calma y radiante, y el silencio de aquel nuevo mundo pesaba más que nunca.

Cercano a la Frontera Bosque, desde la noche anterior, se había erigido la pila de madera de álamo y almendro en la cual ardería el cuerpo de Todoré. Así se había hecho desde el día de la Gran Devastación y, así, parecía, se iba a hacer por siempre, aunque ese por siempre no sonara tan remoto como antaño lo hubiese hecho en el mundo de Todoré; el por siempre podría terminar al siguiente día, o el siguiente año.

Al pie de la pila se encontraba Sulis, vigía mayor de las ciudades-oasis. Era una mujer de cincuenta años, de aspecto engañosamente endeble pero tan fuerte como sus actitudes y su voluntad. Cuando entraba a un sitio, su mirada y pisadas acallaban a quienes se encontrasen reunidos en el lugar. Al haber crecido sin ningún familiar de sangre, desde pequeña se valió de sí misma, pasando de casa en casa, buscando el sustento, a veces más que los demás. Eso la llevó a una independencia total y a aprender el no esperar nada de nadie, todo lo que había conseguido hasta el momento (que era más bien poco por el mundo en el cual le tocó vivir) había sido solamente gracias ella y se enorgullecía de ello. Se casó a los veinte años y quedó viuda a los cuarenta, sin hijo alguno, pues abortaba todos de manera espontánea.

Para la ocasión, Sulis vestía una sencilla bata blanca, al igual que los demás. Junto a Sulis se encontraban los otros cuatro vigías de las demás ciudades-oasis, frente a ellos, los demás habitantes. Sulis tomó una de las antorchas encendidas que se encontraban enterradas cerca a la pira, dio un paseo con su mirada a las personas, y habló.

Capítulo 5

—Ayer falleció la última persona de aquel grupo de doce a quienes les debemos todo lo que hoy somos y tenemos. Del día de la Gran Devastación no sabemos nada en concreto, salvo lo relatado por ellos a lo largo de sus vidas, pero, lo que sí sabemos muy bien, es que nos dejaron un ejemplo muy alto, un legado sobre el resurgir y el volver al nacer. —Sulis hizo una pausa para calcular, a través de las miradas de las personas más cercanas, cómo estaban siendo recibidas sus palabras—. Este grupo de personas, quienes tuvieron que renunciar a todo lo que conocían y a su forma de vida, decidieron continuar con ella a pesar de todo, y en el camino desaprendieron para volver a aprender y después nos enseñaron a nosotros.

Un leve chasquido de dedos empezó a escucharse aquí y allá, hasta que todos, casi a la par, los hicieron tronar en acuerdo con las palabras pronunciadas y por las vidas de los doce fundadores. Vuelto el silencio, Sulis retomó la palabra.

—No tenemos necesidad aquí de recordar todo lo aprendido de Todoré, baste saber que, para nadie, sin excepción, él fue como un segundo padre, y por qué no, en casos como el mío, el único padre con quien contamos.

Los chasquidos de los dedos volvieron a elevarse, ahora, por más tiempo.

—Recordémoslo pues, de aquella manera, y con una de sus enseñanzas: no somos ni estamos completos, sin la memoria que de nosotros guarden los demás.

Capítulo 6

Sulis volteó, dándole la espalda al público, se acercó a la pila con el cadáver de Todoré vestido de blanco y, alzando la mano libre, mencionó las palabras ya conocidas por todos los presentes.

—Todoré, hijo de la tierra, hoy regresas a ella.

Sulis posó su antorcha sobre la madera la cual, poco a poco, fue abrasándose. En ese momento, a la par, se empezaron a escuchar los tophet, instrumentos membranófonos de forma cóncava fabricados con laurel y cuero, de cuarenta y cinco centímetros de diámetro y quince centímetros de largo. Tocados con una baqueta, su sonido variaba dependiendo el lugar del cuero tocado.

Igual que Sulis hicieron los demás vigías.

Los chasquidos volvieron a escucharse acompañando a los tophet y no cesaron hasta la consumación del cuerpo.

Capítulo 7

Capítulo 2

La ciudad de Onru fue la última en construirse hacia el año setenta DG, y se erigió como las demás, dentro de murallas levantadas a punta de escombros tomados de la ciudad vieja de Todoré, escombros recubiertos con columnas de madera.

En las demás ciudades-oasis, las murallas empezaron a construirse desde el momento en el que comenzaron a llegar personas de otros lugares, de esa manera, buscaban defenderse de algún posible ataque por parte de esos grupos de personas y, junto con los sellos distintivos marcados en la piel de los bebés al nacer, mantenían controlado el número de la población.

Aquellas personas, a quienes no se les permitía entrar en las ciudades-oasis, los llamaban los hijos de nadie, como también a las personas nacidas dentro de alguna ciudad-oasis y expulsadas por algún delito; en dicho grupo, también encajaban los nacidos dentro de alguna ciudad-oasis, pero que no contaron con un espacio para sí, pues sobrepasaba la población y, siendo solamente un bebé, era dejado a su suerte a las afueras de las murallas.

Capítulo 8

Dentro de las murallas, todas las ciudades compartían la misma distribución: en el centro, a manera de pequeña plaza, estaba la torre vigía, en la cual se ubicaban uno o dos guardianes de a turnos y, gracias a sus ocho metros de altura, tenían buen avistamiento del horizonte; eran torres más o menos delgadas, con una escalera caracol interna y, en su último piso, un techo triangular protector del clima. Al lado de ésta se ubicaba el templo, uno de los espacios más amplios de las ciudades-oasis; era un lugar completamente vacío, con dos puertas a cada lado y una ventana en los cuatro. Por todo ornamento, contaba solamente con algunas sillas y cadenas para colgar antorchas. El templo servía como espacio de recogimiento espiritual para la persona que aún creyese en algo, independiente de lo que creyese.

De la torre salían cuatro caminos: el primero provenía desde la entrada ubicada en la muralla de cada ciudad-oasis; el segundo, saliendo desde la izquierda, llevaba a las casas. Éstas se ubicaban agrupadas en el mismo sector, separadas entre ellas por estrechos pasadizos a través de los cuales cabrían, máximo, cuatro adultos caminando uno al lado del otro, pequeñas y de un solo piso, contaban con dos habitaciones. Lo que se pudiese encontrar en su interior, ya quedaba al gusto de quienes la habitasen y de lo que hubiese podido haber creado de acuerdo a su talento, o pudiese haber cambiado, a manera de trueque, por alguien que construyera algo de acuerdo a su talento. O también estaba quienes, yendo a la ciudad vieja de Todoré, habían tomado ciertas cosas de tiendas, almacenes y demás para amoblar su hogar.

Capítulo 9

El tercer camino, saliendo de la derecha, llevaba a las granjas, lugar de sembrados y corrales habitados por los pocos animales que podían mantener: gallinas, pollos y cerdos. En las granjas trabajaban quienes se habían entrenado para tal labor.

Y, por último, el cuarto camino que empezaba desde la parte de atrás de la torre dirigía a quien lo recorriese hacia la zona de entrenamiento, donde se practicaba tiro al arco y lucha personal, además, también se encontraba un pequeño taller, ocupado por los trabajadores de la madera para hacer armas, muebles, cañas de pescar y demás. Al lado del taller se levantaban las caballerizas.

Los caballos, para las ciudades-oasis, representaban su único medio de transporte, por ello, eran casi considerados como sagrados. El hambre podría afectar todas las ciudades-oasis, las personas podrían estar muriendo a causa de ella, pero nadie, nunca, debía tocar un caballo más que para cabalgarlo, cualquier intento de obtener alimentación por parte de alguno, se pagaba con la muerte, tal como lo establecía el Precepto Único.

Capítulo 10

La tarde siguiente de la última despedida de Todoré, se daba comienzo en la ciudad de Onru, como en las demás ciudades-oasis, la Fiesta del Trenio del Sol: tres días de celebración en honor al año terminado y el nuevo a punto de emprender.

Los días y los meses fueron conceptos guardados por aquella pequeña porción de humanidad, pero esas fechas cambiaron para que coincidieran con el día de la GD.

Así, pues, de acuerdo con el Precepto Único, el Trenio del Sol comenzaba el penúltimo día del año y terminaba el primer día del año siguiente. Durante ese período de tiempo nadie debía trabajar, nadie debía alzar su empuñadura ni su arco ni su flecha para cazar, nadie debía alzar hoz para arar, y nadie debía alzar su mano para construir o destruir, solamente se podrían preparar alimentos de frutos ya recogidos y animales ya cazados. Era obligación descansar esos tres días, porque eran los únicos días de descanso en aquel mundo de brutal supervivencia.

Cuando el sol ya estaba por ocultarse, aquel sol gris en un cielo como velado (tal cual lo describía Todoré, afirmando que, después de la gran devastación, el mundo parecía de ceniza) los habitantes de la ciudad de Onru se encontraban dispuestos y cercanos a las mesas ubicadas en comitiva a las afueras de las casas.

Capítulo 11

Para la ocasión, habían sacrificado dos inmensos cerdos los cuales asaron y, revolviendo algunas de sus entrañas con maíz y arroz, dejaron por otro poco de tiempo a fuego lento mientras esperaba a ser servido. También hicieron pastelillos de frutas y especias y panes de todos los tamaños y formas. El vino, el agua y los jugos se repartían a la par de la música de los tophet, ahora acompañados por los shuman (una cinta amarrada con cascabeles y con algunos flautines)

Esa noche, la primera del Trenio de Sol, no la soportaba nadie, pues era tal el hambre vivida el resto del año, que aquella comilona y bebida era demasiada para el cuerpo de todos, y amanecían enfermos y vomitando, pero, aun así, a pesar de saber que debían medirse, no lo hacían, y decían: “para el próximo año le mermamos a esto, definitivamente hay que bajarle un poco al vino”. Pero de nada de servía, pues al siguiente año afirmaban: “bueno, qué importa, esto no más pasa una vez en el año” y volvían a realizar el mismo banquete.

Llegado el momento y, a la orden dada por Shinar, vigía de la ciudad de Onru, los platos fueron servidos mientras los demás miraban de reojo el quehacer.

Capítulo 12

Shinar era un hombre alto, de casi cincuenta años, en autoridad, lo mismo daba su voz o su mirada. Según creía él, desde su posición ocupada, podía permitirse pocos amigos y no muchas confianzas con los habitantes de Onru y las demás ciudades-oasis, pues creía que éstas podían generar algún mal entendimiento para quebrantar aquella o esta otra ley del Precepto Único.

Aquel distanciamiento no le generó muchas dificultades, pues desde pequeño, su padre, el primer vigía de la ciudad de Onru, le había inculcado su forma solitaria de ser y el seguir sus pasos. Por ello, durante su camino hasta ocupar el cargo ostentado por él, no había fortalecido demasiadas relaciones.

Una de esas pocas relaciones fortalecidas, claro está, fue la unión establecida con su esposa Azmera, a quien conoció a eso de los veinte años. Fruto de esa unión, tuvieron a Theus.

Terminados de servir los platos, los instrumentos callaron, las voces mermaron y se tomó asiento. Desde la mitad de la mesa, con su esposa al lado y su hijo al otro, Shinar tomó una copa, la alzó pidiendo atención, y obtuvo la respuesta esperada.

—En nuestra celebración de hoy, la felicidad no es completa, y es que uno de esos puestos debería estar ocupado por Todoré, por eso hemos puesto un asiento de más, un pequeño símbolo de su compañía representada en ella, demostrando, de esta manera, que siempre estará con nosotros. —alzó la copa y gritó—. ¡Por Todoré!

— ¡Por Todoré! —gritaron al unísono los demás alzando su copa para después terminar la bebida de un solo trago.